

casado. Nunca se vió proceso tan extraño, dos religiones enemigas se juntaban para caer sobre la cabeza de un solo hombre; dos cleros irreconciliables, conciliábanse con crueldad en la persecucion; dos Iglesias todavía en guerra, treguaban paces para inmolar á un filósofo, cuyo pensamiento se habia levantado sobre ambas. Los magistrados de Ginebra escribian á los magistrados de Viena, para informarse acerca de los precedentes del reo, y los magistrados de Viena escribian á los de Ginebra para que indagasen estos con diligencia si el reo tenia ó no deudores en Francia. Intervenian todas las Iglesias protestantes, hablaban todos los doctores, lanzábanse desde los púlpitos excomuniones como si todo el aire hubiera de corromperse porque lo respirara un solo mortal. Y en la furia y enloquecimiento de las pasiones, despedia y excomulgaba de la Iglesia el feroz Calvino á todos cuantos sintieran misericordia y piedad.

Cuando los vemos desde las alturas de nuestro siglo, consagrado ya el derecho, establecida y arraigada la libertad religiosa, respetados el pensamiento y la conciencia, parécennos estos hombres feroces é implacables fuera de la humanidad. Para que pueda comprenderse cómo Servet en su candor sublime creia imposible que una ciudad republicana como Ginebra persiguiese á los revolucionarios y que una República liberal y democrática esgrimiera la persecucion, baste decir cómo al reclamar los magistrados de Viena en sus suplicatorios la persona de Servet, este se lanzaba poco menos que de rodillas á los piés de los magistrados de Ginebra y les pedia que no le enviaran, no, á una muerte cierta. ¡Infeliz! Desconocia en su inexperiencia sublime que tan cruel era la intolerancia protestante como la intolerancia católica.

Dilatábase con mil dilaciones el proceso. Primero las Iglesias capitales de Suiza fueron consultadas, y para mas ilustrarlas y esclarecerlas, extractados los volúmenes mas célebres de Servet. El 15 de setiembre se le presentó á este con perfidia el cánón de todos sus errores, cánón verdaderamente provocativo. El doctor español defendió lo que mas tenia sobre su alma, el concepto de la Trinidad, y atenuó lo que menos le importaba en aquel momento, algunas proposiciones panteistas. Pero excitado y sobrecitado por las persecuciones, en vez de temblar bajo el férreo yugo de Calvino, insultóle con creces, cual si estuviera libre y en disputa de la que no pendiera su vida. A fuer de buen hijo

de su tierra, gozóse con tenacidad en maldecir á quien podia perderle. Como Calvino escribiera una taimada refutacion de sus principios á servicio de Ginebra y el Senado ginebrino, contestóle Servet, insultándole con un diluvio de calificativos soeces. A la teoría puramente apostólica del sabio español contra las persecuciones religiosas, invocaba el reformador ginebrino las leyes de Justiniano. Y cuando el filósofo veia estos apotegmas cesaristas lanzados á su cabeza en nombre de la pura religion y del puro espíritu, enfurecíase con razon y redoblaba sus continuas injurias. De esta suerte, su estado se agravaba mas y mas cada dia. En aquellos desapacibles climas, al comienzo del otoño, el frio y la humedad le azotaban dándole achaques reumáticos. Sus ojos, anhelantes de luz, no podian tolerar la oscuridad. Como le confiscaran el poco dinero traído, moríase materialmente de hambre, y no podia sustentarse con las mezquinas raciones de la cárcel. No contaba ni con una camisa que ponerse. Los piojos lo devoraban vivo y le bebían la sangre. Por no tener, no tenia el infeliz ni lo concedido al mas vulgar é ínfimo de los criminales en el mundo, un procurador, un vocero, álguien que por puro respeto á los principios fundamentales del humano derecho, le valiese y le salvase. De aquellas Iglesias helvéticas, llenas del amor á la libertad, solo venian palabras dobles, mas bien fiscales que piadosas. Sobre la humedad del suelo, bajo la bóveda de aquel calabozo parecido á solitaria tumba, en la paja cuasi podrida, Servet pasó durante aquellos cuatro meses las penas y los horrores del infierno. Y sin embargo, no le molestaban tanto sus tormentos y aflicciones materiales como las palabras terribles que de vez en cuando le dirigia Calvino con sañosa furia. Una vez le imputó que no creia en la inmortalidad del alma. El pobre mártir enterrado vivo, presa de todos los dolores juntos, desoido del cielo, abandonado del mundo, vió con horror que le querian quitar hasta la fe viva en el único consuelo y la esperanza única tras la muerte, la justicia de Dios en la eternidad. Él, que sentia latir algo imperecedero en sus entrañas destrozadas, alborear algo eterno en sus sienas sombrías, abrirse un cielo de luz y un mundo de esperanza y de vida bajo las piedras de aquella sepultura, volvióse horrorizado contra el infame que trataba de arrancarle hasta el postrer asilo de su alma y el postrer refugio en su deshecho naufragio. En vano dirigia carta tras carta el infeliz á sus verdugos, en vano se quejaba del frio, del hambre, de la



miseria, del silencio y del abandono en que le tenían: el corazón hubiera concluido ya de latir en los humanos pechos.

Hasta una sentencia de muerte equivalía en este angustioso instante á suprema compasión y piedad. Reuniéronse por fin los jueces en últimos de octubre. Las instancias de Calvino crecían, y la decisión de muchos magistrados menguaba. Algunos de ellos se inclinaban á la reclusión perpetua, otros al destierro, pero Calvino exigía la muerte y la muerte inmediata. En vano el primer síndico de Ginebra, Perrin, pugnó con todas sus fuerzas para conservar aquella ilustre vida. Débiles ó fanáticos los jueces, decretaron la pena capital. Se habían celebrado ya los grandes concilios, se habían oído las tempestuosas revoluciones, el mundo entraba en pleno protestantismo, y aun ardían en la tierra misma de la libertad, de la democracia y de la República, las hogueras de los tiranos y de los césares, para mostrar cuán tardo es el camino de la humanidad hácia su perfeccionamiento, y cuán difícilmente se cumplen los divinos ideales sobre la faz impura de nuestro pobre planeta.

El 27 de octubre, muy á la madrugada, conoció Servet la definitiva sentencia. Como ni un momento la sospechara, quedóse absorto, cual si fuera de él hubiérase ido el alma. En su emoción apeló á la lengua patria cuando pudo abrir los labios y desatar el embargo de su voz: «¡Misericordia, misericordia!» gritó en español, como si esta palabra, en el regazo de su madre aprendida, pudiese abrir con más facilidad el cerrado corazón de su enemigo. Servet llegó en esta escena de su pasión y en este trance de su agonía, el infeliz, á uno de esos momentos en que el justo rechaza con terror su cáliz de amargura, y levantando sus ojos nublados á lo infinito, pregunta con clamores angustiosos á Dios por qué le desoye y le abandona. Para mayor pena, todavía no apuntaban los albores de aquella siniestra aurora, cuando ya relucían á la puerta de la prisión los ojos fosforescentes de Calvino. En este instante sintió el gran filósofo un arrebató de compasión por su verdugo como si fuera en realidad el reo. En efecto, las hogueras, los potros, los tormentos, los suplicios podían descoyuntar los huesos de Servet, consumir su sangre, deshilar sus carnes; pero todo esto, obra debía ser de pasajero minuto, mientras que allá, en todos los rincones de la tierra, en toda la sucesión de los siglos, mientras más crezcan las generaciones, mientras más adelante

la sociedad, mientras más se escriba la historia, oírse un grito de reprobación eterna contra el inquisidor hipócrita y redomado, que creyó, en la vehemencia de su cólera, poder extinguir una idea cuando extinguía un alma, y que nunca extinguirá la maldición unida indisolublemente á su nombre nefasto en todo el curso de los siglos y en toda la redondez del planeta.

Lo más horrible, lo más espantoso en Calvino fué que al ver dibujarse allá en los ojos y en los labios de su nobilísimo enemigo la palabra perdón, solo se le ocurriera á él, completamente despiadado, la palabra retractación. Circulaba demasiada sangre aragonesa por las venas del ilustre doctor para que recogiera ni una sola sílaba de cuanto en sus escritos había dicho al ver ya remangado el verdugo y ya encendida la hoguera. Poco después de concluido tan extraño diálogo apareció el lugarteniente de la justicia con gran tropel de gentes en armas y condujo el triste reo al pórtico del Consistorio. Los siniestros jueces, que le aguardaban allí, leyéronle, balbucientes y como aterrados de su propia obra, la terrible sentencia. En este momento, flaqueó el ánimo de Servet y flaquearon sus piernas, perdiendo por breves minutos la entera posesión de sí mismo. Los horrores del fuego culebrearon como un rayo por sus sensibles y agitados nervios. En tal momento, bien propio por cierto de la humana flaqueza, pidió que le trocaran el hacha por la hoguera. Farel, desmintiendo su generosa complexión, pidióle con crueldad al reo no solo vencido, al reo humillado, la infame retractación indigna de su entereza y que hubiera extinguido por toda una eternidad el claror inextinguible de tan grande alma, la cual, rehecha y recobrada, merced á la imprudencia de sus enemigos, solo se confió ya en el cielo y solo invocó el auxilio de Dios. Parece imposible, pero aquellos reformadores que se jactaban de haber purificado el sentimiento religioso, de haber traído las nociones cristianas, de haber despertado la verdadera fe, daban á Servet en rostro con esta invocación constante á Dios como si hubiera otra palabra que mejor contuviera todas las ideas, otro ser que más abarcara todos los seres, otro consuelo á la tribulación, otra esperanza más dulce para el perseguido y para el mártir.

En estas había llegado el cortejo á las alturas de Copet, visitadas to-



davía por cuantos aman la libertad y comprenden el heroísmo. El cano Monte Blanco, rematado por rotondas de nieve, se alza gigantesco á la derecha; el celeste lago, en cuyas orillas resalta el color sombrío de la ciudad con sus torres góticas, se dilata por los piés de la colina; suben las viñas y vergeles por do quier en gradería; bajan los espumosos torrentes en cascada; y las dos cordilleras del Jura y de los Alpes forman colosal anfiteatro donde todo parece convidar á la libertad y á la vida. Y allí solo se veían verdugos, sayones, judas traidores á la libertad, el rollo feudal, el poste maldito y las haces de leña hacinadas por los que se decían sucesores de los apóstoles y de los mártires. Para mas terrible horror la leña estaba verde y húmeda, triste refinamiento de barbarie. Mientras le apercibían para lanzarlo á la hoguera, molestábale Farel con toda suerte de indiscretas preguntas y de inútiles consideraciones. Ya le inquiría sobre secretos de familia, sobre misterios del corazón, sobre amores del alma, sin obtener ninguna respuesta; ya le presentaba como ejemplo á los ginebrinos de que Satanás se apodera también de las eminencias del espíritu. Mas de seis horas corrieran entre la salida de la prisión y la llegada terrible al lugar del suplicio, seis horas de insultos, de tormentos, de horrores, que caen todavía como gotas de plomo derretido en la frialdad y en la oscuridad del sepulcro, sobre los huesos de aquellos que los perpetraron. La emoción de Servet, sujeto á grandes agitaciones y ataques nerviosos, al llegar allí, fué tan grande, que se arrojó por tierra y hundió la cabeza en el polvo, lanzando lamentaciones y aullidos. Pero como les sucede á los temperamentos nerviosos, pasó de un estado á otro estado súbitamente y cobró majestuosa serenidad en cuanto llegó á tocarle con miedo en el hombro la mortal mano del verdugo. A esta intimación miró con desden á sus perseguidores y con presteza lanzóse á la picota. En este brusco movimiento sus piés resbalaron en el azufre apercibido para quemarle y tropezaron con las obras amontonadas para consumirse al mismo tiempo que su inmortal autor. Es imperdonable, no tiene, no puede tener atenuación y excusa el haber unido á la crueldad el sarcasmo, tratándose de sabio cuyo nombre merecía el respeto de todas las generaciones y cuya obra el lauro de la inmortalidad. Le escarnecieron como á Cristo en la columna. Después de haberle amarrado

con una maroma y una cadena horriblemente á la picota, le pusieron sobre la cabeza ¡viles! una corona de pajas tintas y empapadas todas en azufre. Ya de esa suerte vejado, arrimaron al cuerpo las haces de leña, y á las haces de leña la tea del incendio. En este momento desatóse viento terrible y cayó lluvia copiosa. El humo envolvía la cabeza de Servet, pero no le asfixiaba. La llama circuía su cuerpo, tostaba sus carnes sin consumirle. No recuerda la historia que haya estado ningun infeliz dos horas seguidas en la hoguera y no haya muerto. Naturalmente aquel fuego lentísimo aumentaba la crueldad del suplicio y la pena del mártir. Sus labios, movidos por el dolor, lanzaban palabras parecidas á las palabras de Cristo en la cruz. Muchas personas compasivas volvieron la vista con horror de aquel siniestro crimen, y otras, mas compasivas aun, oyendo sus invocaciones á la muerte y su impaciencia por lanzar el último suspiro, echaron al fuego leños secos á fin de que lo acabasen con mayor celeridad y cumpliesen el terrible veredicto. A las tres de la tarde ya el viento había barrido hasta los últimos átomos de las cenizas de Servet. Pero lo que no borrará nunca el viento continuo de los tiempos es la infamia y la deshonra de Calvino.